

REPRESENTACIÓN, INDEPENDENCIA Y DEMOCRACIA:
Sobre *El insomnio de Bolívar* y la vigencia de los principios de la emancipación americana

Eduardo Posada Carbó

Presentación en el encuentro “Análisis y vigencia de los principios de la Emancipación americana. Reflexiones actuales en el bicentenario”, Universidad Menéndez y Pelayo, Santander, España, agosto 16-17 de 2010.

Cuando en 2007 algunos latinoamericanos reflexionaban sobre la agenda que debería abordar el bicentenario, el crítico literario y profesor de la Universidad de Brown, Julio Ortega, señaló la necesidad de “cuestionar la versión autoderogativa de la independencia como fracaso”. En plena conmemoración, tres años después, su advertencia sigue siendo ignorada por escritores destacados.

“¿Qué queda hoy de la América soñada por Bolívar?”, se pregunta el novelista mexicano Jorge Volpi. “Muy poco”, responde de inmediato, “un conjunto de democracias aquejadas por numerosos problemas”. Volpi no logra identificar mayores herencias valiosas en doscientos años de vida independiente, durante los cuales los “ideales bolivarianos” habrían “quedado sepultados en medio de las guerras, invasiones, golpes de Estado, revoluciones y dictaduras que infestaron a América Latina”.

Desconozco la acogida de las opiniones de Volpi en el debate público regional. Tampoco sé qué tan generalizada sea esa renovada versión del fracaso en otros los países latinoamericanos al conmemorar sus bicentenarios. Pero en Colombia, creo, el relato del fracaso ha sido bastante notable en las publicaciones de prensa. Me limito a un ejemplo, que me parece ilustrativo.

Arcadia, la revista cultural de la influyente *Semana*, escogió como portada de su edición especial dedicada al bicentenario una foto del muelle de Puerto Colombia: “esa fracasada promesa de modernidad”, explicó la revista a sus lectores. “Esa ambición

desmedida y macondiana que hizo del muelle ‘el segundo más largo del mundo’ tras su inauguración en 1888 y que hoy se derrumba corroído por el salitre y el mar... Quien quiera, puede ver en la belleza de sus ruinas –el testimonio de lo que hemos sido- una metáfora histórica y una nueva promesa de modernidad”.

Por supuesto que no todas las apreciaciones del bicentenario se confunden con estas narrativas desoladoras. Sobresalen también importantes esfuerzos por acercarse al pasado con mayores sutilezas e imaginación. En Bogotá, La Biblioteca Luis Angel Arango –otro solo ejemplo ilustrativo- organizó una magnífica exposición sobre las “palabras” de la independencia, que muestra muy bien la irrupción de ese lenguaje político moderno cuyo vocabulario transformador mantiene aún vigencia.

No obstante, la historia de los 200 años de fracaso casi absoluto persiste con fuerzas. Y persiste entre las nuevas generaciones, a veces con simpleza abrumadora. “Sigo sin entender qué estamos celebrando”, escribió en *semana.com* José Fernando Flórez, un doctorando en Ciencia Política por la Universidad París II. Según Flórez, “Bolívar, Santander y demás próceres... nos liberaron del yugo español. Para someternos al subdesarrollo”. Por eso lo que estamos celebrando serían apenas “dos siglos de vergonzosa incapacidad para construir un Estado que no dé grima”.

Sea o no la narrativa dominante, el relato del fracaso regional debe someterse a riguroso escrutinio. Además, ensayos como el de Volpi –provocador e inteligente, su libro, *El insomnio de Bolívar*, fue premiado por Casa de América en Madrid-, invitan ciertamente a la reflexión. Sus consideraciones merecen respuestas.

Sería iluso, y hasta necio, contraponer al relato del fracaso uno de buenos éxitos. Esta es una falsa dicotomía que es preciso evitar desde el principio.

Mis diferencias con los ejercicios de “fracasomanía” no radican tanto en los males y problemas evidentes que identifican, sino en el carácter incompleto de sus

relatos, en el espejo distorsionado de utopías que les sirve de contraste con su lamentable retrato, en su desprecio por las complejidades de la historia humana, en fin, en el tipo de preguntas formuladas y en sus perspectivas algo maniqueas del transcurrir de nuestras sociedades.

En el propósito de discutir sobre la vigencia de los principios de la emancipación americana, en el contexto latinoamericano actual, ofrezco entonces aquí tres reflexiones que nos permitan comenzar a confrontar las narrativas del fracaso. La primera es historiográfica: me parece importante asimilar mejor las nuevas corrientes revisionistas del momento de la independencia, que han abierto nuevos horizontes intelectuales para interpretar el curso de nuestras repúblicas. La segunda, fundada en parte en dicho revisionismo, propone revalorar las conquistas de la llamada “tercera ola democrática”. La última y breve reflexión quiere servir de advertencia sobre los posibles efectos nefastos del discurso de la anti-política que suele acompañar relatos como el de Volpi.

* * * * *

La emancipación americana fue, en gran medida, el resultado de un problema de “representación”: la respuesta final al interrogante que se apoderó de todo el continente, a mediados de 1808, ¿quién tenía la autoridad de gobernar en ausencia del Rey? ¿Quién representaba entonces al soberano?

Esa preocupación, central en la formación y articulación de toda sociedad política, pronto desató el proceso revolucionario. Las argumentaciones contenidas en documentos como el *Memorial de Agravios* (1809) de Camilo Torres no eran meras disquisiciones abstractas. Tocaban intereses directos de América que chocaban con las aspiraciones de la metrópoli. Contenían propuestas concretas, en desarrollo de los novedosos principios de la igualdad y la libertad, y descubrían una nueva concepción del poder, alejada del absolutismo

legendario. “El hombre libre”, decía el primer número del *Diario Político* de Santa Fé de Bogotá, el 27 de agosto de 1810, “es el que obedece sólo a la ley, el que no está sujeto al capricho y a las pasiones de los depositarios del poder”.

Obsesionada con las estructuras sociales y las fuerzas económicas, la historiografía que hasta cierto punto condicionó las narrativas del fracaso, por lo menos desde mediados del siglo XX, había subvalorado el significado político y social de tales principios y, así, de la misma independencia. Sin importancia propia, la emancipación se convirtió en neocolonialismo con sus nuevas formas de dependencia.

En las últimas dos décadas, sin embargo, el panorama historiográfico ha transformado nuestras visiones del momento emancipador. Entre las obras que invitaron a repensar ese momento, se destaca el libro extraordinario de François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias*, publicado en Madrid en 1992.

Guerra contribuyó a devolver la política – y a sus agentes, ideas y medios de expresión- a un lugar central en la explicación de los acontecimientos emancipadores. Tales eventos, de naturaleza eminentemente política, tuvieron efectos de veras revolucionarios. Respondieron, como ya he sugerido, a la incógnita de la “representación” tras la crisis de la monarquía española. Se confundieron, casi de inmediato, con luchas electorales “inéditas”, primero en dimensiones continentales y trasatlánticas para la Junta Central y las Cortes, y muy pronto también para congresos y autoridades locales, ayuntamientos municipales y diputaciones de provincia. Y se confundieron con la irrupción de un lenguaje político moderno y con la proliferación de periódicos, libros y panfletos que –desprendidos de la Inquisición- le daban forma a un nuevo protagonista social: la opinión pública.

El enfoque de Guerra, claro está, tiene serias limitaciones. Casi toda la transformación revolucionaria termina siendo atribuída al impacto de un evento externo -la revolución francesa-, mientras se subvalora el papel de las dinámicas americanas, incluidos

los conflictos de la vida colonial. Más aún, para Guerra la modernidad emergente con las revoluciones de independencia quedó al parecer trunca en las décadas subsiguientes, por las inercias de unas sociedades que siguieron perteneciendo como ancladas al *ancien regime*. A pesar de éstas y otras limitaciones, las obras de Guerra y otros de sus colegas motivaron la mayor curiosidad de una nueva generación de historiadores, interesados en estudiar las formas de gobierno representativo que se desarrollaban bajo el impulso emancipador.

Las perspectivas revisionistas varían. Considérese el trabajo de José Antonio Aguilar, *En pos de la quimera*, donde se reivindica la experiencia liberal y constitucionalista de la hispanoamérica independentista, por su “magnitud y alcance”. Aguilar la enmarca dentro de ese “momento constitucional” que revolucionó al mundo atlántico entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Pero en vez de limitarla a un ejercicio de “importación exótica”, como desde el comienzo fue catalogada por sus enemigos de la época, advierte el carácter experimental que aún acompañaba en ese entonces al constitucionalismo. No existían “modelos” de eficacia comprobada.

Hispanoamérica fue así un gran laboratorio, donde se ensayaron novedosas instituciones, de precoz existencia y precarios resultados aunque de consecuencias importantes.

Una de las novedosas instituciones, de consecuencias revolucionarias, fue por supuesto el sufragio que, en provincias de la Nueva Granada -como en Cartagena-, fue adoptado de manera más expansiva y temprana que en la constitución de Cádiz, al darle el voto –además de los indígenas y mestizos-, a la población libre de origen africano a fines de 1810. El desafío para los nuevos estados, cuya autoridad provenía ahora de la “soberanía popular”, era descomunal. Mucho más al extender el voto a toda la población masculina adulta, como ocurrió en Argentina, Colombia, México y Venezuela a mediados del siglo diecinueve.

Estas revisiones historiográficas del momento de la independencia -con sus reconsideraciones sobre el papel fundante del constitucionalismo liberal y los emergentes retos de la representación popular-, nos obligan a repensar toda la trayectoria del siglo diecinueve.

Para comenzar, la independencia como evento político central adquiere un enorme significado, por los cambios que introdujo. Si éstos no tuvieron los resultados esperados, Aguilar sugiere que prestemos más atención a las instituciones, a las múltiples variaciones sutiles de los textos constitucionales, en vez de seguir culpando a las sociedades hispanoamericanas por las eventuales frustraciones y fracasos. Por lo demás, no fue una trayectoria exclusiva de fracasos. Los trabajos pioneros de Samuel Valenzuela sobre la historia del sufragio en Chile demuestran los éxitos reformistas de una evolución democrática comparable, en muchos aspectos, a la trayectoria europea.

Intelectuales como Volpi, sin embargo, parecen ignorar éstos y otros avances historiográficos. Sus “nuevas” lecturas de la realidad latinoamericana siguen basadas en viejas interpretaciones sobre una emancipación desprovista de significado. Para Volpi, el rompimiento con la colonia “no significó el fin de la dependencia”. El siglo XIX –“en muchos términos... un siglo perdido”- queda reducido en su relato a “una variedad de dictadores y caudillos que se prolongaron desde entonces [desde la emancipación]”, a “una penosa sucesión de levantamientos y asonadas..” que habría “elevado la democracia a la categoría de empresa irrealizable”.

* * * * *

Sin reconocimiento de las experiencias decimonónicas, Volpi se refiere entonces a las democracias latinoamericanas como “nuevas”, apenas establecidas a partir de la década de 1990 con antecedentes de escasa importancia. En efecto, el siglo XX no habría sido “menos

pródigo en fracasos” que el anterior: “su primera mitad estuvo marcada por conflictos sociales y revoluciones que redujeron la democracia a experiencias aisladas y efímeras”.

Pero estas “nuevas” experiencias siguen caracterizándose por su naturaleza “ficticia”, condicionadas por la espiral maldita que nos condena hasta la eternidad: “cada paréntesis democrático habría de ser brutalmente socavado por sus rivales autoritarios”. En Latinoamérica la democracia habría sido sólo “incómodo aguijón y un anhelo siempre pospuesto, una promesa y una fuente de angustia, una calamidad y un sueño, una quimera que, incluso en los escasos períodos en que se ha puesto en práctica, ha provocado tanta insatisfacción como esperanzas”.

He aquí pues una historia de sucesivas decepciones: una “democracia imaginada” que en la realidad se choca “por los círculos oligárquicos de siempre”, “por la sola voluntad de un caudillo, de un partido, de un grupo...”.

No tengo tiempo aquí para examinar sistemáticamente y en detalle el texto de Volpi. Por supuesto que concuerdo con sus críticas al caudillismo, y comparto sus preocupaciones frente a la injusticia social y las amenazas del crimen organizado. Sus juicios sobre la democracia latinoamericana, sin embargo –además del desprecio por sus ricas tradiciones-, ignoran su historia universal y subvaloran sus conquistas recientes.

Volpi -como tantos otros intelectuales latinoamericanos, de ayer y de hoy-, sueña con una “democracia auténtica” –inexistente en parte del mundo alguna- que utiliza de vara para juzgar. Tocqueville alimenta su imaginación, el mismo Tocqueville que describiera a comienzos del siglo diecinueve los buenos éxitos de los Estados Unidos en contraste con los desastres de las repúblicas latinoamericanas que nunca visitó, un falso espejo temprano que, desde entonces, ha condicionado en buena medida las percepciones de nuestra realidad, entre propios y extraños.

Frente a tal espejo, cualquier avance se desvanece, todo se vuelve fracaso.

El relato de Volpi debiera llamar la atención no tanto por sus lugares comunes como por sus silencios. Reconoce, es cierto, algunos logros de la experiencia democrática reciente, como en materias de libertades políticas y derechos humanos. Pero son reconocimientos bastante parcos.

Hay referencias elogiosas a Michelle Bachelet, pero las alusiones a Chile son más bien escasas y casi exclusivamente para señalar problemas: la constitución de Pinochet de 1981, la crisis de transporte producida por Transantiago, la tardía adopción del divorcio. Ni una sola mención a los éxitos de la democracia chilena contra la pobreza, o a sus tasas extraordinarias de crecimiento económico. De manera algo similar, Costa Rica aparece en el relato sólo para registrar el maltrato a los inmigrantes. El cuadro de impunidad general –un problema descomunal en un buen número de países-, podría haber advertido excepciones donde pesan las tradiciones del imperio de la ley –Chile y Costa Rica, claro, y también Uruguay-. “Nuestros presidentes democráticos”, observa Volpi, “a veces han resultado tan venales, torvos y corruptos como sus predecesores despóticos”. Quizás. Pero es una comparación de dudosa validez. La democracia ha servido en ocasiones para sacar a tales presidentes del poder: a Collor en Brazil o a Fujimori en el Perú. Volpi se refiere con razón al problema de la “parapolítica” en Colombia, pero desconoce el alto número de parlamentarios enjuiciados o en la cárcel.

¿Cómo han respondido los gobiernos democráticos de las últimas décadas en Latinoamérica a los graves problemas sociales y económicos?, preguntaba Guillermo O’Donnell en 2001. Bastante mal, con algunas excepciones, fue su respuesta. No obstante, O’Donnell advertía sobre la necesidad de saber apreciar la importancia de lo conquistado tras el regreso de los militares a los cuarteles, durante la tercera ola de la democracia en la región. Ello exige revalorar el papel de los “derechos políticos”, precisamente los que forman el

centro visible de las conquistas democráticas, y aquellos que determinan el que las democracias políticas no se conviertan en “farsas”.

O’Donnell propone entonces una agenda para la acción: la consolidación de los derechos políticos sería la ruta indicada para lograr la expansión de los derechos –civiles y sociales- hacia una ciudadanía plena. Ello supone un compromiso con la política. Y, en particular, una revaloración de la llamada, con cierto dejo despreciativo, “democracia electoral”.

* * * * *

En vez de compromiso con la política, los escritores de la generación de Volpi –según el mismo nos cuenta- “han desertado de la política”, hacia la que manifiestan “una irrefrenable desconfianza”. Relatos como el de Volpi la refuerzan. Allí la política se identifica tan solo con las actividades “de los mismos políticos de siempre”, una categoría social bicentenaria, al parecer de existencia imperecedera, caracterizada por su “venerable corrupción” y por toda “la bazofia que los ciudadanos tanto aborrecen”.

Por supuesto que el desencanto hacia la política hoy está lejos de ser un sentimiento exclusivamente latinoamericano. Es un malestar que aqueja, en mayor o menor grado, a casi todas las democracias occidentales.

En la región, este desencanto se ha visto con frecuencia traducido en el apogeo de esos caudillos que Volpi también desprecia. Políticos y caudillos terminan así confundidos en un mismo escenario de desesperanza, sin salidas distintas a la sociedad civil, a las artes y a la literatura, o a un futuro utópico en el que desaparecen las fronteras nacionales para dar lugar, cien años más tarde, a una unión americana mucho más amplia que la soñada por el propio Bolívar.

Comparto, como ya señalé, la crítica de Volpi hacia los regímenes caudillistas que se han impuesto en varios países de la región. Pero una revaloración de la política, como la que quisiera sugerir, exige distinguir.

No todos los gobernantes de la región en las últimas décadas se identifican con los “caudillos” que, con razón, Volpi señala como obstáculos para la democracia. Ni todos esos “caudillos” deben asimilarse a Chávez. Volpi, es cierto, advierte algunas diferencias entre Chávez, Correa, Morales y otras figuras asociadas con el neopopulismo. No obstante, con algunas contadas excepciones –como cuando se refiere a Bachellet- su cuadro contemporáneo de la política latinoamericana parecería agotarse en esa serie de caudillos que denuncia, cuando no en el anonimato indiferenciado de los “políticos”. No hay allí espacio para las variaciones de liderazgo político, mucho menos para las distintas instituciones que, en uno y otro país, condicionan y hasta determinan el ejercicio del poder.

La experiencia chilena desde 1989 queda excluida en ese retrato general de una región dominada por caudillos. Algunos dirán que Chile es la excepción. Sin embargo, sus avances son muy significativos para seguir ignorándolos en cualquier reflexión sobre Latinoamérica. ¿Y dónde colocar a Brasil, bajo las administraciones de Cardoso y Lula? Volpi le dedica una nota al margen, tras advertir que el centro de su análisis es Hispanoamérica. Pero la aparente exclusión de Brasil en su análisis se contradice con las referencias a la “América Latina” a lo largo de casi todo el texto. Volpi además subvalora la importancia de la evolución política de México -esa transición más reciente, pero también más peculiar por no provenir de un régimen militar-. El tránsito de un sistema hegemónico, de partido único, a uno pluripartidista y competitivo tiene un significado democrático que Volpi no parece apreciar.

Simpatizo con el escepticismo frente a la política y los políticos, un sano precepto liberal con el que comulgo. Pero los discursos anti-políticos como el de Volpi suelen más bien asociarse con las utopías de quienes parecen esperar todo de la democracia, hasta la

felicidad humana. Volpi, por ello, no puede ver “verdaderos cambios” en la nueva era democrática”. Tendría que tomar nota de la advertencia de Adam Pzeworski: Las expectativas desbordadas sobre la democracia alimentan llamados populistas, mientras nos predisponen contra el reformismo

* * * * *

He centrado mi presentación en el texto de Jorge Volpi porque me parece bastante ejemplar de los relatos del fracaso que siguen dominando el panorama intelectual de la región.

“Convengamos”, nos dice, “en que los infelices pueblos latinoamericanos tenemos pocas cosas que festejar... Nada como los bicentenarios para concitar fantasías de progreso, paz y comunión en nuestras alicaídas democracias”. Los bicentenarios, en su opinión, se convierten así en “una cortina de humo para ocultar o al menos opacar la inseguridad, la corrupción y la miseria de nuestras repúblicas”.

No ha sido mi intención –como lo expresé al comienzo- la de contraponer a esta narrativa de fracasos una de buenos éxitos. Mi objetivo ha sido simplemente el de exponer la sobrevivencia notable de las “versiones catastrofistas” de nuestra realidad que Julio Ortega ha sugerido cuestionar. En el ensayo de Volpi, donde el pasado de América Latina se confunde casi sólo con una “abominable y triste historia”, los problemas de algunos países pasan a ser los paradigmas de toda la región: ya se trate de la mafia, de los paros cívicos bolivianos, de las hegemonías partidistas, del lema argentino “¡que se vayan todos!”, de los caudillismos, lo que aqueja a un país “termina por ser un espejo de lo que ocurre en toda” Latinoamérica.

En el noble afán de borrar las fronteras para cumplir con un sueño bolivariano, Volpi homogeneiza a la región en un solo discurso de frustraciones.

Es en su examen de la democracia donde los principios de la emancipación adquieren mayor vigencia. Volpi acierta en identificar algunos de sus más serios problemas: sus

manifestaciones populistas, el divorcio entre los partidos políticos y la ciudadanía, la impunidad, los abusos del poder. Al responder al vacío de representación del soberano, los procesos de independencia se fundamentaron precisamente en los emergentes principios del constitucionalismo liberal, las bases hoy de las democracias modernas.

La identificación de problemas contemporáneos –por más graves que sean- no deben identificarse con 200 años de supuestos sucesivos y continuos fracasos, como si la región fuese víctima permanente de los “designios incomprensibles de la fatalidad”.

Antes que un producto acabado, el sistema de gobierno que conocemos como democracia es un producto en constante transformación, sometido a una larga historia accidentada de pruebas y errores que apenas logró alguna consolidación en Occidente después de la Segunda Guerra Mundial; en el sur de Europa, sólo desde fines de la década de 1970. Las experiencias latinoamericanas con las instituciones de la democracia moderna son de vieja data. Con ellas se originaron los procesos emancipadores.

No han sido experiencias vanas. Pero sus lecciones siguen siendo ajenas a muy amplios sectores intelectuales que insisten en despreciar su historia, dizque “historia oficial”, en una actitud que hace más difícil cualquier cambio. No se trata simplemente de festejar, aunque valen los festejos. El bicentenario debe ser ante todo una oportunidad para la reflexión, que ojalá motive la seria curiosidad entre nuestros intelectuales públicos por nuestra historia.

